

# VIDA MANTERA

Retrato circular de la venta  
ambulante (Dakar-Barcelona)



Yeray S. Iborra

# VIDA MANTERA

Retrato circular de la venta  
ambulante (Dakar-Barcelona)

Prólogo de **João França**

Epílogo de **Aziz Faye**

Traducido del catalán por  
Manuel León Urrutia

  
**FUNDACIÓ**  
Periodisme  
Plural

**Octaedro**   
Editorial

COLECCIÓN: Periodismo y Derechos Humanos

TÍTULO ORIGINAL: *Vida mantera. Retrat circular de la venda ambulat*  
(*Dakar-Barcelona*), Octaedro, 2019

Traducción: Manuel León

La traducción de esta obra ha contado con la ayuda del Institut Ramon Llull

 **institut**  
**ramon llull**  
Lengua y cultura catalanas

Primera edición: octubre de 2020

© Yeray S. Iborra

© de esta edición:

Editorial Octaedro

C. Bailén, 5 – 08010 Barcelona

Tel.: 93 246 40 02

octaedro@octaedro.com

octaedro.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17219-75-8

Depósito legal: B 18319-2020

Diseño de la cubierta: Yeray S. Iborra

Ilustración de la cubierta: © Elena Mompó

Fotografía del autor: © Estefania Bedmar

Fotografías interior: © Sònia Calvó i Carrió (pp. 25, 33, 50, 57, 84, 140, 145),

© Àngel García (p. 71), © Victor Serri (pp. 97, 113, 128)

Corrección y revisión de estilo: Xavier Torras

Realización y producción: Octaedro Editorial

Impresión: Ulzama

Impreso en España / *Printed in Spain*

# Índice

9	Nota del autor a la edición en castellano: El verano de la marmota
11	Prólogo [ <i>João França</i> ]
15	Capítulo 1. Un salto de 5000 kilómetros
27	Capítulo 2. Senegal, país de acogida (y de huida)
35	Capítulo 3. A pie, en avión o en cayuco: salir del continente
51	Capítulo 4. La Europa fortaleza
59	Capítulo 5. Aterrizaje sin paracaídas
73	Capítulo 6. Cultura de la venta ambulante y de la autoorganización
85	Capítulo 7. Vivir a la carrera
99	Capítulo 8. Sindicato Popular de Vendedores Ambulantes
115	Capítulo 9. Cuando la institución intenta dar respuestas
129	Capítulo 10. Una bienvenida para Mohammed
141	Epílogo: La siembra [ <i>Aziz Faye</i> ]
147	Agradecimientos



Nota del autor a la edición en castellano

## El verano de la marmota

Este libro sigue teniendo plena validez. Por desgracia (y por suerte). Más de un año después de su publicación en catalán, esta traducción, todo lo que se cuenta en ella, sigue vigente: las personas que se dedican a la venta ambulante en las calles de Barcelona todavía sufren persecución policial y racismo, pero también fortalecen día tras día su organización colectiva y tejen nuevas alianzas.

Los manteros han seguido siendo arma arrojadiza, política y mediática, de primer orden. Más si cabe durante la campaña por las elecciones municipales de 2019.

Tras el pacto entre Barcelona en Comú y el Partido Socialista de Barcelona, la alcaldesa Ada Colau delegó en Albert Batlle la gestión de la seguridad y, en consecuencia, una parte importante del conflicto en torno a la venta ambulante: el uso de la calle. El socialista endureció ese verano el discurso y las acciones. «Debemos impedir que hagan esta actividad, y posteriormente se buscarán itinerarios de inserción». Y así fue, primero la policía. El teniente de alcaldía de Prevención y Seguridad anunció un dispositivo con un centenar de agentes para «erradicar» el top manta.

Por su parte, los vendedores siguieron reforzando las iniciativas para aguantar el chaparrón. Lanzaron nuevas colecciones de ropa bajo su marca Top Manta y, ya en Navidad, promulgaron una exitosa campaña de recogida de fondos para la caja de resistencia del colectivo vendiendo billetes de Lotería Mantera. Incluso consiguieron contratar a una persona en el seno de su asociación: el portavoz del

Sindicato Popular de Vendedores Ambulantes, Aziz Faye, protagonista de este libro, ya no vende en la calle sino que ejerce como sastre.

Por todo ello, necesitamos aprender de las historias que se cuentan en *Vida mantera*. Hace falta entender los motivos por los que este conflicto se enquistó en Barcelona (y en otras muchas ciudades) para acercarnos a algunas soluciones. De lo contrario, el de los manteros seguirá siendo el verano de la marmota. Siempre y cuando exista el verano tal y como lo conocíamos, con terrazas y turistas. Estas líneas se escriben en pleno confinamiento por la crisis del coronavirus. A la cual, por cierto, el sindicato mantero ha reaccionado confeccionando mascarillas y batas para un sistema sanitario al que buena parte de sus miembros tiene la entrada vetada.

Aunque caiga el turismo o aumente el control en las calles, por la «nueva normalidad» tras la COVID-19 o por cualquier otro motivo, si la venta ambulante no resulta ser la herramienta para la subsistencia, otra lo será. Son miles las personas que habitan nuestras ciudades intentando sobrevivir, sin acceso a una situación administrativa regular y privadas de derechos fundamentales.

YERAY S. IBORRA



## Prólogo

La realidad siempre es más compleja de lo que puede recoger un titular de periódico, una noticia en televisión, un tuit o una conversación en un bar. Por eso, cuando aspiramos a hacer un periodismo transformador, el reto es siempre ir más allá. El colectivo que se creó en Barcelona para dar apoyo a los vendedores ambulantes, a los manteros, marcaba el camino con su nombre: Tras la Manta. Cuando medios de comunicación y actores económicos y políticos ponían el grito en el cielo contra el llamado *top manta*, era fundamental mirar quién estaba detrás de esa manta: personas que buscan ganarse la vida frente a una infinidad de obstáculos.

Desde un medio modesto como *Catalunya Plural* intentamos hacer lo que estuvo a nuestro alcance cuando estalló el conflicto en el verano de 2015. Intentamos contar la historia dando voz a sus protagonistas, huyendo de los tópicos y la criminalización. Ese encargo se lo pasamos a Yeray S. Iborra cuando se incorporó al equipo en marzo de 2016 para hacerse cargo de las informaciones sobre Barcelona.

Sin embargo, la cobertura de actualidad en una redacción pequeña tiene sus límites, y a menudo cuesta ir más allá de las agendas que marcan otros. Sí que se contaba con la voz de los vendedores, pero lo hacíamos en contextos de conflicto, de respuesta a actuaciones policiales, a medidas políticas o a discursos de las asociaciones de comerciantes. Poco espacio quedaba para contar un relato completo que no fuera de reacción, y ahí es donde encaja este libro.

A la larga, el esfuerzo de mirar más allá del titular nos llevó mucho más allá; más allá de Barcelona y más allá de Europa: a Dakar, Guédiawaye o Kayar. Gracias a la Beca DevReporter, concedida por LaFede.cat - Organitzacions per a la Justícia Global, pudimos desplazarnos a Senegal (lugar de origen de la mayoría de los manteros que trabajan en Barcelona) un equipo de tres periodistas: el autor del libro, Sònia Calvó i Carrió y el que firma estas líneas. Allí trabajamos con la periodista Mariama Badji, acompañante imprescindible para hacer de puente entre realidades muy diferentes.

Hicimos el viaje con todos los privilegios con los que no se puede contar para hacerlo en sentido inverso: ir de Barcelona a Dakar con un vuelo directo puede costar poco más de 150 euros, sin necesidad de visado. En cambio, muchas de las personas que venden en la calle en Barcelona tuvieron que pagar hasta 700 euros para cruzar desde la costa senegalesa a las islas Canarias en cayuco y afrontar un viaje lleno de riesgos. El contraste es aterrador. De hecho, algunas de las personas que encontraréis en estas páginas llegaron a Barcelona hace años, algunas hace más de una década, y no han podido volver a su país de origen ni ver a sus familias debido a su situación administrativa.

Si queremos hacer un periodismo transformador, es imprescindible tener presente desde dónde escribimos. Este libro no lo ha escrito un mantero, ni una persona migrante, ni una persona racializada. Lo ha escrito una persona que ha podido ir y volver de Dakar en un vuelo *low cost*. Por eso, ha sido todavía más importante de lo habitual escuchar a sus protagonistas, y sobre todo poner a prueba la propia mirada. Acompañar a Yeray en ese proceso ha sido muy enriquecedor, y aunque el libro se acaba, nos quedan muchas preguntas y cuestiones por resolver.

Daouda Dieye, uno de los fundadores del Sindicato Popular de Vendedores Ambulantes, decía en una intervención pública: «Hay quien ha venido aquí para trabajar, ganarse la vida y volver a casa, pero yo he venido a cambiar el mundo, y aunque me cueste la vida y muchos obstáculos, quiero hacer mi parte».

*Vida mantera. Retrato circular de la venta ambulante (Dakar-Barcelona)* es una historia de luchadores, de personas que no se resignan a ser los «pobrecitos» y que quieren tomar las riendas, que plantan cara a la vida que se les impone para exigir lo que les corresponde por derecho. En definitiva, una historia que merece ser contada.

JOÃO FRANÇA, *periodista*



## Capítulo 1

# Un salto de 5000 kilómetros

Repasa el nudo de sus zapatillas Air Jordan como si este diera sujeción a un paracaídas. Se sube los calcetines hasta media canilla, se mete la camiseta por los pantalones y se levanta de la silla de un golpe de cadera. Mohammed Fall está preparado.

El joven todo lo hace de prisa. Cruza el pasillo trotando, se despidе casi sin mediar palabra y ataja las calles como si al término del trayecto la final de la Euroliga estuviese a punto de empezar y él saliera en el quinteto inicial. Pero el estadio de esa final es una cancha de cemento armado, duro como la noche de un domingo. El público está formado por chavales que, pese al poco glamur del escenario, desean calzarse las bambas y zambullirse en el juego de los mayores.

Antes de iniciar el entrenamiento, Mohammed y sus compañeros barren la zona con decoro. Arena finísima, azúcar glasé del desierto, reposa sobre el parqué y hace del terreno una pista de patinaje. En un principio, solo las chicas usan los bastos cepillos (consistentes en cerdas de algún animal anudadas por uno de los extremos con cordel) para desempolvarla. Pero Mohammed se suma a la tarea y, tras él, la docena de muchachos que hasta ese momento, entre bromas, aguardaban en la banda.

Cualquiera diría que en *Getaway* ('quítate de en medio'), nombre con el que –con sorna– se refieren los vecinos a Guédiawaye, capital de un departamento –uno de 45– homónimo a las afueras de Dakar, el sol aprieta como en ningún otro lugar del planeta. A primera hora

de la tarde el reloj marca 34 °C. La tierra pálida convierte el escenario en una sauna fina. Pero nada impide que, cada día, el entreno dé comienzo tras la comida. Y mucho menos la climatología, la normal por estas latitudes a principios de junio, en época seca; la más seca, de hecho. Todavía faltan unos pocos meses para el inicio de las lluvias en la región.

Para Mohammed ninguna de estas circunstancias es un inconveniente. El básquet no es una mera diversión. Es una puerta, una más, a la que llamar para cumplir su objetivo: llegar a Europa para ayudar a los suyos.



–Hola, mi nombre es Mohammed Fall y nací en 1992 aquí mismo, en Guédiawaye. Era estudiante, pero ahora he dejado los cursos para dedicarme a la carpintería de aluminio y al baloncesto. Vivo con mi familia. Aquí no funciona nada. Quiero irme a Europa.

Mohammed toma asiento en una de las habitaciones de su casa, en la cual reposan con él un par de televisores –uno de ellos sin cableado–, un cuadro y un colchón más fino que una tostada. El largo eco de sus palabras solo se ve interrumpido por el runrún de un viejo ventilador que hace el espacio algo más respirable.

Los ventiladores ponen la banda sonora de la mayoría de los lugares de Senegal, donde los aires acondicionados son prohibitivos.

–¿Por qué a Europa? –preguntamos.

–La familia lo es todo en mi vida. Mi deseo es que esté orgullosa de mí. Es la única razón por la que quiero viajar a Europa. Como los demás aquí, todos queremos llegar a Europa para ayudar a los nuestros. Aquí no hay absolutamente nada.

–¿Qué piensa tu familia de esto?

–Lo hemos hablado. No... No hay secretos entre nosotros. Si quiero irme es porque mi madre está cansada y yo, siendo un hombre, debo de ir a trabajar para apoyarla. Si te digo toda la verdad, ahora mismo mi madre no tiene una suma de dinero suficiente como para

permitirme viajar. Porque trabaja en un pequeño comercio, pero el dinero no le llega –explica Mohamed, mientras mira a su madre, que descansa sobre el raquítico colchón.

Mariéme Sall es, en un aspecto formal, la tutora de Mohammed. Pero la de madre es una definición más cercana a la realidad que se vive en casa de los Fall.

Acurrucada en una esquina con otro pequeño en brazos, también hermano de Mohammed, Mariéme acompaña con la cabeza las palabras de su ahijado. Ella sola sustenta a una familia de cinco miembros. El padre de Mohammed está enfermo y su madre murió catorce años atrás; una fotografía de la mujer preside la estancia en medio de una inmensa pared que aún lo parece más por el tamaño del cuadro, diminuto. No más de quince por veinte centímetros.

Mariéme vende durante el día, prepara las comidas de toda la familia y se encarga del mantenimiento de la casa, una tarea pesada –aquí nieva polvo todo el día, concretamente del desierto de Lompoul, a unos 150 kilómetros al norte de Guédiawaye–, por más que se trate de una sola planta con un par de habitaciones y un pasillo con un tramo sin techar que comunica cada departamento.

–Yo estoy con ellos desde que su madre murió, hace ya muchos años. Los acompaño y se lo preparo todo: desayunos, comidas y cenas. Todo yo sola –comenta Mariéme, bajo un velo que no esconde una piel castigada pese a tener treinta y pocos años. Mariéme nació en el mismo Guédiawaye en 1983.

A pesar de que Mohammed ha completado estudios en el manejo del aluminio, el joven no encuentra trabajo en la región. Por ello, Mariéme le ha pedido que lo intente en Europa, para «ayudar a la familia y a sus hermanos; y para ayudarse a sí mismo».

En cuanto a la salida, la mujer solo pide una cosa, que Dios haga que el día que el joven se marche lo haga en condiciones legales. «Es todo lo que deseo», reza.

Según Mariéme, Mohammed es un chico de bien: no tiene ningún amigo que fume, que beba o que esté en la calle. Antes de despedirse quiere recalcar estas tres últimas cosas.

–El otro día charlé con un amigo para ver si puede apoyarme en pequeñas cosas, alguna ayuda, porque, como te decía, mi madre no tiene suficiente dinero ahora mismo. No lo tiene, de verdad. Por eso quiero ir a Europa, para ayudarla. Y hago muy bien mi oficio, el aluminio lo trabajo bien –comenta Mohammed risueño– y tengo mis títulos. Luego os los enseño. Cuando esté allí podré trabajar el aluminio y al mismo tiempo jugar al baloncesto. Cuando vaya allí, todo lo que me ofrezca la mano de Dios... no lo rechazaré... Aunque, si te digo la verdad, si viajo a Europa no quiero ser vendedor ambulante –parece que el joven va a dejar de hablar, pero añade, a toda velocidad–: sinceramente, no me gustaría. Viajar ahí y meterse en problemas no tiene ningún sentido desde mi punto de vista... Cuando una persona viaja ha de tener en mente su gran propósito: apoyar a la familia.

–¿Cómo te imaginas Europa?

–Europa no tiene nada que ver con esto. Ni en el aspecto ni en el nivel de vida. Todo es distinto a Senegal allí... A veces me siento delante de la televisión, veo las imágenes de Europa y mi único deseo es viajar allí. Todo es tan bonito y desarrollado, a diferencia de aquí... Ahora mismo todos los jóvenes soñamos con viajar a Europa. Cuando ves las películas quieres entrar en la televisión y llegar allí de un salto.

Mohammed junta las palmas de las manos y las planta delante de su cara. Es el gesto que hacen los nadadores justo antes de zambullirse en una piscina. Él lo hace señalando al par de televisores que decoran la habitación: ninguno de ellos está conectado a la corriente.



Son las 19 h. El sol da una tregua. Las calles se empiezan a llenar de gritos y se forman corrillos en cada descampado. Jóvenes y no tan jóvenes se calzan las botas de fútbol multicolor, otros simplemente unas deportivas y los hay que se sumergen en la competición con cualquier tipo de calzado.



Una máxima: no es la flecha, es el indio.

Las primeras pisadas levantan miles de pequeñas nubes en forma de hongo, como las de las bombas nucleares. En un momento, todo el suelo entra en suspensión. Las partículas de tierra levitan como cuando das un mamporrazo a una mesa llena de harina. El manto de polvo denso agrava la sensación de asfixia, de por sí acusada en las grandes ciudades senegalesas, donde los tubos de escape parecen chimeneas industriales. Espurrean un denso humo negro semejante al del plástico cuando arde.

En los terrenos de juego, de nuevo la gravilla del desierto. La que durante el día se ha ido acumulando sobre toda la superficie, la que convierte los campos en una trampa, donde cualquier caída es sangre. Aun así, con el pitido inicial veintidós chavales patean sin descanso y agrandan todavía más la nube. En las bandas, otros tantos aguardan su turno. Cuando da comienzo, el juego los gritos ensordecen el resto de los sonidos de Dakar.

Y así en todas las ciudades del país. El fútbol es el deporte rey en Senegal.

Cada descampado cuenta con un par de porterías, algunas con una forma más homologable que otras, que hacen las delicias de los aficionados cuando el calor permite dejar de fijar la vista en el suelo. Las canchas están por todas partes, y solo en la capital del país se cuentan por centenares. La actividad física, exigente como si computara para un campeonato reglado, no dura más de una hora. Pero mientras la pelota rueda no hay otra cosa que importe en el mundo.

La fiebre por el juego se vive de forma *amateur*, en los descampados, pero también se traslada a los estadios: los senegaleses son fervientes forofos.

Dakar vivió días atrás el júbilo que supone una abultada victoria: ¡tres a cero contra Guinea Ecuatorial en partido de clasificación para la Copa Africana de Naciones! Hasta 15 000 personas apoyaron a los *Teranga Lions*, los Leones de la Teranga (la *teranga* significa el espíritu de la hospitalidad senegalesa, mientras que el león es el símbolo del

país), tal como se conoce al combinado nacional dirigido por Aliou Cissé, un ídolo local que desarrolló en Francia e Inglaterra toda su carrera como jugador.

La pasión por la victoria también se trasladó a las carreteras: los autos paralizaron la capital en un intrincado rompecabezas compuesto solo por piezas amarillas con los cantos muy abollados –así son los taxis– que provocaron horas de retenciones. Largas colas de un tráfico que nunca fluye demasiado.

Casi al mismo nivel que el fútbol, la lucha senegalesa goza de otro buen número de seguidores y se erige como segunda disciplina patria. Curiosamente, dicha práctica de combate es la más exportada del país, pues en Francia –donde vive la mayor comunidad senegalesa fuera del territorio nacional– también se disputan competiciones.

Por último, está la afición al motor, venida a menos tras el cambio de ubicación de la mítica París-Dakar.

Inaugurado en 1978, el *rally* Dakar dejó de hacer gala a su nombre cuando la edición de 2008 fue suspendida por recomendación del Gobierno francés ante el riesgo de eventuales atentados terroristas en Mauritania. Desde esa fecha, la ASO (Amaury Sport Organisation, organizadora también del Tour de Francia) decidió realizar la carrera en Sudamérica. La prueba ha atravesado en los últimos años Argentina, Bolivia, Chile o Perú.

Unos peldaños por debajo encontramos el baloncesto. Si bien la selección masculina alcanzó en 2014 la fase de *playoffs* de la Copa del Mundo de la Federación Internacional de Baloncesto (FIBA), su práctica está mucho menos extendida en la calle.

La pista es un escollo que no puede resolverse con un solar y unos palos que funcionen como porterías, como sí que pasa con el fútbol. Tampoco con un círculo de arena y un par de calzones, *ngeemb* en wolof (el wolof es segundo idioma del país tras el francés y se usa también en países colindantes como Gambia), todo lo que hace falta para practicar lucha senegalesa. Fuera del centro de Dakar casi nada está asfaltado, más allá de las principales arterias que conectan la costa –donde se ubica la capital– con las localidades interiores, que

se zambullen casi 800 kilómetros en dirección al centro del continente. Allí se encuentran los núcleos de población más orientales de Senegal, los que colindan con el país vecino por el este, Mali.

Aun así, hay algunas excepciones, determinadas zonas con parches de cemento. Una de ellas es Guédiawaye. La región dispone de una cancha de baloncesto y equipamiento para desarrollar el juego (petos, conos, pelotas) gracias a un proyecto de cooperación francés.

Incluso hay un preparador en la zona, Hugo, un joven veinteañero que enseña a un grupo mixto de entrenamiento algunas claves para perfeccionar la práctica del baloncesto. En ese grupo mixto destaca Mohammed. Y también lo hace Mamy.



–¿Dónde quieres ir, una vez estés en Europa? ¿A qué país?

–Francia, Italia, España... Me da igual, cualquier sitio está bien. Pero muchos de mis familiares viven en Italia ahora mismo –destaca Mohammed.

–¿Tienes amigos que hayan migrado?

–No muchos. Pero tenemos un hermano mayor en Italia. Aunque hablo mucho más con los familiares que viven en Louga –región situada al sur de Senegal–. En Dakar también tengo amigos que han viajado y están trabajando. Es lo que me han dicho, que todo va bien, y por eso quiero viajar, con la certeza de que podré trabajar en cualquier cosa. Por ejemplo, en el aluminio.

Mohammed insiste en el cómo del viaje. A su lado, atenta a sus palabras, también lo hace su hermana, Fatou Fall. Ella también quiere ir a Europa.

–Yo también quiero viajar, pero no como lo hacen otros, en cayuco. Irse a coger una barca para molestar a los europeos... –duda la joven–. Yo quiero ir a fortalecer mis conocimientos y volver– asegura.

Fatou, que tiene 19 años, está estudiando y quiere ser periodista, embajadora o ministra. En ese orden. Este año ha empezado el bachillerato y está ilusionada. Mientras habla sobre sus aspiraciones,

mira a su hermano y le hace muecas que le recuerdan que a él... A él no le gustan tanto los estudios.

–Cuando haya estudiado hasta obtener el bachillerato me iré a las universidades de Europa y dejaré que todo entre en mi cabeza. Quería ir a Francia, porque como los senegaleses hablan francés... Al menos... Y claro... Francia nos colonizó, la conocemos, nos la enseñan en las escuelas y nos enseñan su lengua. Por todo ello supongo que podría ir allí a estudiar –destaca Fatou.

–¿Crees que las mujeres tienen más problemas para llegar a Europa? –le preguntamos.

–El hombre lo tiene un poco difícil para obtener el visado, porque tiene que llegar hasta allí con esos barcos... Si ven que llegan en barco, es un problema y no les dan el visado. En cambio, a las mujeres se las toman más en serio.

–¿Sí?

–Los europeos respetan mucho a las mujeres, y por eso tienen más compasión por la mujer que por el hombre.

Las palabras de Fatou retumban en los pasillos –los del tramo techado– de su casa. Es mediodía y el calor ya se ha zampado el día, las moscas empiezan a inquietarse. Dos incomodan constantemente a Fatou, que se mantiene erguida en la silla mientras habla. Segura de sí misma.

Y remata:

–Me tumbo en la cama y me imagino que Dios me ayuda para que yo pueda ir a Europa: conducir un coche, en una ciudad rica, con comida buena y con mejor salud. Yo siempre me imagino esto, cada día.



A pocos metros de la casa de los Fall, Mamy Diop, amiga de Mohammed y Fatou, y parte del grupo mixto que juega al baloncesto en Guédiawaye, también se prepara para entrenar. La joven se esconde de la silla con timidez cuando la cámara está delante. Justo al

contrario que en la pista. Allí se desenvuelve con carácter. Actúa de número uno. Es la encargada de construir el juego.

Mamy también tiene las cosas claras. Al revés que Mohammed o Fatou, ella no ve tan sencillo que su salida del país pase por cauces legales.

«Si tengo un visado de trabajo, será mejor, pero si tengo un visado turístico, lo tomaré, porque todos los medios son buenos para irse. Ya sé que no todo es de color rosa allí, pero es mejor que aquí. Seguro», remarca.

El padre de Mamy trabaja en Estados Unidos, lo que le permite mandarles dinero cada mes a ella y a su familia. Pero no basta, y la situación los asfixia. Y no solo en lo económico: «Me pone triste vivir sin mi padre a mi lado. El amor de un padre, esto nos falta, sobre todo a mí, porque nunca viví con él. Yo todo lo quiero hacer con mi familia, y si viajo, pocas cosas podré hacer con ellos, pero si me quedo en Senegal, todavía menos. Aquí no hay futuro», sostiene. «Si yo fuera un chico, lo haría como mucha gente lo ha hecho aquí... En barco. No ser un chico es un hándicap».

La joven se levanta de la silla, se hace con un balón y se lo lleva bajo custodia hasta la pista. El entrenamiento está a punto de empezar.



—¿Crees que podrás trabajar el aluminio en Europa?

—Cuando llegue allí, si puedo trabajar el aluminio, genial, o si me puedo introducir en el baloncesto, genial, o en cualquier otro trabajo que sea legal; no rechazaré ningún trabajo, como te decía. De hecho, en esta vida nada es fácil, y es cuestión de tentar la suerte, porque mis pocos conocidos que han viajado allí creo que están empezando a trabajar. Cuando llegue podré trabajar o jugar al baloncesto —responde Mohammed, mientras busca con la mirada a Hugo, que se ha acercado a la casa de los Fall, aunque en breve se irá a preparar el entrenamiento de hoy.

Hugo y Mohammed hicieron buenas migas desde el principio. Desde la llegada del francés a Guédiawaye, seis meses atrás. Hugo se ha ganado el aprecio de los chicos y chicas de la zona, y hace meses que dejó de ser un *tubab*; literalmente, en idioma wolof, un *blanquito*. O también, como comentan muchos locales en tono de burla, los que «pagan el doble».

Mohammed alberga la esperanza de que Hugo le permita conseguir algún permiso en Francia. Sobre todo a partir del baloncesto. El joven nos confiesa que también espera que esta entrevista le sirva para abrirse puertas en Europa.

Motivados o no por la idea de que el básquet pueda sacarlos de la región, ninguno de sus compañeros afronta al entrenamiento con su mismo tesón. Los hay que, perezosos, no siguen las trenzas –un ejercicio agotador que consiste en pases y carreras cruzadas– que propone el entrenador. Mohammed las hace como si nada.

Lo acompañamos al entrenamiento. Los ojos ajenos no hacen temblar el pulso del joven: junto a Mamy forman una pareja imbatible a la contra. Se mueven como un coche de alta gama, sin hacer ruido corren la banda, se escurren entre los rivales. Un pase. Y otro. Y otro más. El joven se hace un sitio para probar su tiro exterior... Y, pese a la entrada brusca de un compañero, a quien responde con una media sonrisa –era una falta clarísima–, la clava.

El entreno se alarga media hora más siguiendo una misma coreografía: todos los balones pasan por ella, y todos los balones terminan en él: *chof, chof y chof*.

Mohammed se deja ver poco en la zona, pero consigue rebotes. Y protege con astucia las entradas. Tiene las características de un escolta moderno: alto pero no demasiado, seco pero fibroso. Ágil en el bote. Salta alto, y mucho.

Si por él fuera, alcanzaría Europa de un brinco. Pero para llegar a Italia, Francia o España deberá salvar antes más de 5000 kilómetros. El juego termina por hoy. Mañana más.



Entrada a canasta de Mohammed durante un entrenamiento de basket en Guédiawaye. | © Sònia Calvó i Carrió

**Si desea más información  
o adquirir el libro  
diríjase a:**

**[www.octaedro.com](http://www.octaedro.com)**